

El misterio de la Navidad en los sermones de la Santa Juana (1481-1534)

Inocente GARCÍA DE ANDRÉS
Cofradía Internacional de Investigadores

I. Semblanza biográfica.

II. Monja predicadora: ‘El Conhorte’.

III. Sermones de Navidad.

- 3.1. *Sermón a la Natividad del Señor.*
- 3.2. *De la Circuncisión del Redentor.*
- 3.3. *De la Epifanía del Señor.*
- 3.4. *Huída a Egipto.*

IV. Algunos aspectos significativos.

- 4.1. *La Virgen María en la Navidad, mujer contemplativa.*
- 4.2. *María, conocedora de las Santas Escrituras.*
- 4.3. *Debate de los dos Testamentos.*
- 4.4. *Por el Bautismo, las mujeres son como los hombres.*

V. Conclusiones finales.

I. SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Esta insigne mujer, aclamada por el pueblo como santa y doctora, nació el año 1481 en Azaña (hoy, Numancia de la Sagra), en el reino de Toledo. Fue hija de Juan Vázquez y de Catalina Gutiérrez. A los quince años, sola, a pie y vestida de hombre, huyó de la casa paterna para evitar el matrimonio y realizar su deseo de consagrarse a Dios en el *beaterio* de Santa María de la Cruz de la cercana villa de Cubas (Madrid).

Eran tiempos de reforma y la Orden franciscana vivía el esplendor fervoroso de la *Observancia*. Juana participó de la espiritualidad de los *recogidos* que habitaban los *eremitorios* de tierras de Guadalajara y norte de la provincia de Madrid, que en sus viajes al gran convento franciscano del momento - San Juan de los Reyes de Toledo - pasaban por la misma puerta del *beaterio* de Cubas.

Hacia los veintiséis años comenzó a mostrarse en ella el carisma de la predicación. A los veintiocho años fue elegida abadesa. La autora, que se consideraba “trompeta de Dios”, no pretendía otra cosa que fortalecer la fe del pueblo y llamar a todos a la santidad. El libro del *Conhorte*, que recoge la predicación de Juana de la Cruz “para *confortar* la fe de los sencillos”, es expresión de fe de una mujer profeta, es decir, alcanzada por Dios que siente, ve, oye y habla desde el corazón y la mirada de Dios. Como profeta, Juana habla y actúa, no desde el poder de la institución, sino desde la debilidad del carisma.

En el año 1510, el cardenal Cisneros la nombró párroco de Cubas en un documento de 9 de marzo, confirmado por el papa Julio II el 4 de julio y reafirmado y decretado por Cisneros el 28 de diciembre del mismo año. Juana recibió el privilegio de nombrar “capellán” para realizar las funciones propias del ministerio sacerdotal con los fieles de la parroquia y se hizo cargo personalmente de las cuestiones de jurisdicción que le correspondían. La fama de sor Juana de la Cruz, de su carisma y santidad, se extendió rápidamente. Grandes personajes de la época acudían a escuchar sus sermones: el cardenal Cisneros, el emperador Carlos V, el Gran Capitán y otros. Murió el día de la Santa Cruz, 3 de mayo de 1534.

Su magisterio caló durante siglos en el alma del pueblo y en la más fina espiritualidad de los conventos de todas las familias franciscanas: Franciscanos, Clarisas, Tercera Orden Regular y Venerable Orden Tercera Seglar. Es de destacar su influencia en las más célebres clarisas del siglo XVII, como Jerónima de la Asunción (fundadora del primer monasterio en las Islas Filipinas) Luisa de la Ascensión (la célebre Monja de Carrión) Magdalena de la Cruz, Juana de San Antonio, y la Concepcionista Sor María de Jesús de Ágreda

II. MONJA PREDICADORA: ‘EL CONHORTE’¹

Juana es “voz de trompeta” que enseña como las grandes maestras del pasado “amonestando e alumbrando y enseñando todo lo que convenía para salvación y provecho de las ánimas”. Su predicación fue recogida, por sor María Evangelista y otras religiosas, en el *Conhorte*. Tanto el manuscrito escurialense como el vaticano terminan con una escueta data que dice: “escribióse este santo libro en el año de mil quinientos y nueve años”. Por el análisis interno y por las declaraciones de los testigos, debemos concluir que se trata de la fecha en que se inicia la recogida de la predicación, y que el manuscrito original que se conserva en El Escorial fue concluido hacia 1522. El manuscrito del Vaticano es una copia posterior.

III. SERMONES DE NAVIDAD

Jesucristo es el centro de todas las fiestas que se hacen en el cielo y de toda la vida de la Iglesia peregrinante. Juana subraya firmemente el valor redentor de la Encarnación, juntamente con la Pasión y Resurrección de Cristo. Nos salvamos “por la santa humanidad y sagrada pasión”. Nos salva el amor: “Solo amor y caridad” le llevaron a encarnarse; y su entrega en la pasión fue también por amor y libremente, “de muy buen grado y voluntad (...) por caridad e amor que tiene al humanal linaje”.

Concluye su sermón de la Encarnación, con una afirmación de la grandeza de este misterio: “Es llamada en el reino de los cielos esta gloriosa fiesta de la santa Encarnación, la fiesta de las maravillas; porque, en cuantas maravillas hizo el poderoso Dios, no la hizo mayor que fue el tomar carne y descender del cielo a la tierra, y de Dios hacerse hombre, y de Señor hacerse siervo”. Veamos, ahora, una breve síntesis del contenido de los sermones de Navidad.

¹ GARCÍA DE ANDRÉS, I., *El Conhorte: Sermones de una Mujer. La Santa Juana (1481-1534)*. FUE. UPSA. Madrid 1999, 2 vols.

3.1. *Sermón de la Natividad del Señor*

Comienza nuestra predicadora presentándonos a la Virgen, en diálogo con los ángeles, expresando su gozo y alegría desde que dijo “Ahé la sierva del Señor”. Luego nos habla de la ley de César Augusto “que todo el mundo pechase”. María hace el camino de Nazaret a Belén absorta en la contemplación del misterio realizado en su persona. En Belén no había posada.

El Nacimiento narrado por una contemplativa. Juana de la Cruz nos presenta a Nuestra Señora en oración contemplativa “casi arrobada y enajenada de los sentidos” cuando nació el Niño. María, nos dice, conocía las Sagradas Escrituras que anunciaban la pasión de Cristo, y, en su contemplación ve a los ángeles que traen los instrumentos de la pasión, y sufre al ver llorar al hijo recién nacido. Lloro el Niño por el pecado del primer hombre y la primera mujer. Y concluye, Juana: “fue necesario que él se encarnara y naciese y muriese, para remediar tan grande mal (el pecado original)”.

Viene el Niño para todos. Viene niño chiquito para que todos los que quieran saber, sepan y conozcan cómo Dios es piadoso, misericordioso, manso, amoroso y perdonador. En él se cumplen las Escrituras y Profecías. En la representación que se hace en el cielo, son derribados los ídolos, y todos hacen adoración al poderoso Dios hecho infante.

El banquete en la fiesta del cielo. El Niño, sobre las mesas, “él solo es el verdadero manjar de las ánimas, el cual las puede hartar y abastar”.

El Nacimiento de Jesús nos manifiesta a la Santísima Trinidad. En la encarnación, María es hija del Padre, madre del Hijo, esposa del Espíritu Santo. Presenta luego, nuestra predicadora, un debate de los dos Testamentos, concluyendo: “Esta figura fue hecha para dar a entender cuán grande es el amor que tiene al linaje humano, en especial con el pueblo cristiano que hoy le ensalza”.

3.2. *De la Circuncisión del Redentor.*

Narración del acontecimiento. Juana de la Cruz dedica una primera parte del sermón a la narración del acontecimiento. Nótese que habla de la circuncisión *del Redentor*, pues la sangre derramada en la circuncisión tiene ya un valor redentor: “solo una gotita bastara”. El Hijo padecerá, después, su pasión “para que nadie pueda decir que pasa mayores dolores que él pasó”.

Circuncisión y Bautismo. Nos ofrece Juana de la Cruz un nuevo debate entre los rabinos (judíos) y los cristianos, proclamando la superioridad del bautismo, pues iguala a “las mujeres con los varones en las gracias”. Los judíos reclaman al Mesías para ellos; las obras de Jesús (referencia y comentario de Juan 10,24ss) dan testimonio de que él es el Mesías, que viene para todos. Y concluye: “¡En qué cabeza cabe que Dios viniera a salvar sólo a los judíos! Los judíos todo lo interpretan al revés”.

Con toda claridad Juana expone: cuando el sacerdote bautiza, es Cristo quien bautiza. Defiende igualmente el bautismo de niños, señalando: Bautizados los niños en la fe de sus padres, cuando son crecidos los enseñan a ser cristianos y a tener fe. A todas las mujeres dio el Salvador las bendiciones en igualdad de los varones, en el santo bautismo. En la fiesta que se hace en el cielo, en este día, las niñas acuden al Señor quejándose. El Señor les habla de su amor a las mujeres: “os igualé a los varones”.

Una doble conclusión del sermón: La Santísima Trinidad premiará a todos los que fueron bautizados, y creyeron, y perseveraron haciendo buenas obras. En el comienzo del Año Nuevo: hoy comenzó el rey a derramar su sangre gloriosa, con la cual nos hizo a todos nuevos.

3.3. *De la Epifanía del Señor*

Una primera presentación del tema. Los Reyes buscaban al Señor con gran fervor. La Virgen encubre con su manto al Niño cuando llegan los Magos, los cuales sienten un poco de tibieza al verle tan pobre y solo. El Espíritu Santo venía en la estrella y alumbraba a los Reyes para que creyeran.

Representación festiva en el Cielo. El Señor manda llamar a los reyes, y los ángeles traen a todos los reyes y reinas que habían creído en Él. Jesucristo insiste que le traigan “a los tres que me vinieron a buscar en mi pobreza y niñez”. Luego los recibe a todos, que le preguntan: ¿Por qué quisiste venir al mundo tan pobre y humilde?

Dos lecciones: aprendan pobreza y humildad, especialmente prelados y regidores de la Iglesia. Y, las personas no son nada por sí mismas, aunque hechas a imagen y semejanza de Dios, como criaturas, todos tienen un gran valor, son “hijosdalgo”.

Ahora comienza la representación en el cielo. El Señor desaparece, y empieza la búsqueda de los Reyes. Una voz les grita desde la estrella: “Andad

andad, buscad, buscad y no ceséis de buscar”. Los Reyes buscan con gran esfuerzo. Los ángeles les dicen: Le encontraréis en la humildad, en la caridad, en la paz, en las tetas de una mujer; explicando Juana el significado de estas palabras.

Dos lecciones para llegar a Dios: buscar a Dios, preguntar a las personas devotas y amigas de Dios, leer y oír las Sagradas Escrituras, predicación, etc. con deseo de obrarlo. ¿Dónde le hallaréis? “Le hallaréis en las tetas de una mujer”. Y explica: “era por la Santa Madre Iglesia”. Los sacramentos son la leche con que alimenta a sus hijos; y está ataviada con indulgencias, evangelios y santas escrituras, etc. El alma se desposa con Dios por el bautismo.

La epifanía es fiesta grande. En el cielo, los ángeles hacen carreras de caballos y corrida de toros. Juana critica a los que, en las fiestas, no hacen más que bailar y jugar y hacer travesuras, despreciando a los religiosos y personas devotas. Los ángeles muestran su envidia a los hombres por gustar a Dios en el Sacramento del Altar.

Los Reyes hacen la ofrenda al Niño: Recibe a nos mismos y nuestros tesoros. Le adoran reyes y reinas. Ángeles, vírgenes y santos, niños y niñas juegan con el Niño. Los ángeles le daban a besar a todos los bienaventurados: Adorad todos a Dios y besad la paz, y miraos todos en el verdadero espejo. Todos expresan la alegría de haber encontrado a Dios: Dios mismo se nos da en Dios y en Señor, en padre, hermano, compañero, amigo, esposo, manjar.

Simbolismo trinitario de los dones: El oro simboliza al Padre, la mirra al Hijo, el incienso al Espíritu Santo.

El Banquete de los bienaventurados en la fiesta del cielo. La Virgen María, muy junta y cercana a Jesucristo, por cuanto es medianera e intercesora para el conocimiento del Señor encarnado y del Padre y del Espíritu Santo, que en Él se nos han revelado. El alimento de la contemplación: Por la santa Humanidad a la incomprendible Divinidad. El mismo Señor es el alimento, nos alimentamos de los frutos de su pasión. Declaración de la parábola de la vid y los sarmientos.

Tras el banquete, el juego: A manera de naipes y ajedrez. El que gana, se sienta junto al Señor. Juego del escondite: A veces el Señor se esconde y aparta, porque con mayor deseo le busquemos.

Conclusiones para la vida y últimas consideraciones. Debemos dar gracias a Dios por el alimento, la lumbre, la ropa, y el entendimiento para distinguir el mal del bien. Y por los animales que nos ayudan a llevar las cargas.

Todos debemos ofrecer los tres dones de los Reyes. No es razón que vayamos vacíos. El oro, signo de amor y alegría de haber encontrado la fe, que es la cosa más preciada. Ofrenda de mirra, compasión y lágrimas, tribulaciones y martirios en memoria de su sepultura. Incienso: olor de buenas obras.

El Espíritu Santo es la estrella que nos alumbró y manifiesta la verdad y lo cierto.

Debemos aprender de los Reyes, su ejemplo de constancia en la búsqueda.

Desapareció la estrella en Jerusalén. Significado: En la pasión quisieron apagar la luz que es Cristo, el cual brilló como un sol de verano en la Resurrección.

3.4. *Huída a Egipto*

Penalidades de la Sagrada Familia. Se inicia el sermón con la orden de Herodes, burlado por los Magos, de matar a los niños; y la orden a José de que huya a Egipto. Luego, diálogo de María y José, coloquio de María con su Hijo. Y se ponen en camino con una borriquilla. Penalidades del camino: que no se caiga el Niño.

Jesús a los Inocentes: Id vosotros en buena hora delante, derramando vuestra sangre, que luego voy yo.

Penalidades en Egipto. Desprecio: ¿A que vienen acá estos judíos traidores a nuestra tierra? Años de hambre. Fríos y nieves, falta de calzado y vestido. A José, muy cansado de trabajar, con hambres y tribulaciones, se le quitan todos los trabajos cuando el Niño corre hacia él con los brazos abiertos.

A José se le revelan unos secretos; y otros más altos y escondidos a Nuestra Señora.

Reprensión del Señor a nuestra soberbia y desagradecimiento a tanto como él padeció.

El ángel se aparece de nuevo a José, anunciándole la muerte de Herodes y mandándole volver a su tierra. José tomó al Salvador y a María, y marchó a Nazaret.

Fiestas y solemnidades en el cielo. Pues las criaturas de la tierra nunca fueron ni son para agradecer bastante, uno de los más altos serafines se hace borriquilla para llevar al Niño y a María, en la fiesta del cielo. Siguen alabanzas de ángeles y bienaventurados, y de todas las cosas del cielo, por las cosas de la tierra que no se humillaron ante el Señor cuando anduvo en la tierra. Luego se nos dice para qué nos creó el Señor.

Nuestra Señora, con su Hijo en brazos, llegó hasta el trono de la Santísima Trinidad.

Fiesta en honor de los Santos Inocentes. Llamamiento para la fiesta a la que acuden todos los niños. Luego aparece Jesucristo como niño con la cruz, las armas de la pasión y la imagen de nuestra Señora. Les dice a cada uno: “si tú sufriste por mí, yo también sufrí por ti”.

Corre y juega el Señor con los niños. Llegan también algunas niñas que se quejan de no ser como los varones. “Yo también soy niña”, termina diciendo el Señor.

Se quejan los niños de que las trompetas les hayan llamado “de poca edad y poco corazón”. El Señor manda volver el pregón al revés. Y transforma a los Inocentes en personas mayores, según la edad que cada uno habría alcanzado. Los niños piden luego volver a ser niños.

Danza Jesús con todos y cada uno de los Inocentes. Y vuelve al seno del Padre.

IV. ALGUNOS ASPECTOS SIGNIFICATIVOS

Analizamos en este apartado algunos aspectos especialmente significativos por su singularidad, por las afirmaciones teológicas, por las aplicaciones pastorales, o por el mundo cultural y social que nos muestran.

4.1. La Virgen María en la Navidad, mujer contemplativa

La Virgen María es presentada como una mujer contemplativa para la que se abren los cielos, a quien visitan y acompañan los ángeles.

“Y yendo Nuestra Señora contemplando por el camino, a la que llegaban cerca de Belén, vio cómo se abrían los cielos y descender

muchedumbre de ángeles haciendo muy grandes gozos y alegrías, tañendo y cantando y cercándola toda en derredor. Y Nuestra Señora, muy maravillada de los grandes secretos que veía y sentía, daba gracias a Dios; y decía a José algo de lo que veía”.

Y cuando le llegó la hora del parto, *“quedó Nuestra Señora sola y muy acompañada de ángeles, e hincó las rodillas y alzó las manos al cielo, y púsose en oración y contemplación (...) Estando así Nuestra Señora, hincada de hinojos y postrada en oración, esperando el sagrado parto, a deshora fue toda encendida e inflamada en gran fervor y gracia del Espíritu Santo, y, súbitamente, vio al Niño nacido y puesto delante de sí, en el suelo, salvo que los ángeles le recogieron en sus manos para que no se hiriese (...) casi estaba arrobada y enajenada de los sentidos, pensando cómo y en que manera había nacido el infante, sin ella haber sentido ningunos dolores no congoja”.*

- *“Deja ya, Señora, de contemplar, y levántate presto a tomar el Niño y abrigale, que perece de frío”*, le avisan los ángeles.

“Y la Virgen gloriosa tomó al dulce Niño en sus brazos y empezóle a envolver lo mejor que pudo, y dióle sus virginales tetas a mamar”.

Ofrecen los ángeles a Nuestra Señora, camas y cunas, coronas de oro y de rosas, y muy ricas vestiduras que Nuestra Señora no quiere aceptar *“por cuanto sabía que era voluntad del Salvador estar así pobre”.*

Vienen otros ángeles *“con los tormentos de la pasión que el Señor había de padecer (...) y Nuestra Señora, fue tan grande el dolor y traspasamiento que sintió en pensar lo que su amado y dulce hijo había de padecer, que le quitó de sus brazos y le puso en el pesebre. Y cayó ella así como muerta delante de él, derramando muchas lágrimas y desfallecidas todas las fuerzas, y empezó a rogar, dende aquella hora, al Padre celestial y al mismo Redentor hijo suyo, que tuviesen por bien de revocar la tan cruel y amarga sentencia”.*

Los mismos pastores son presentados como modelos de contemplativos, pues reciben el anuncio de los ángeles *“después de haber estado algún espacio en las vigiliass de la noche... que, escrito es que las esposas que velaren, conviene a saber, las ánimas fervientes que velaren en buenos pensamientos, entrarán con el esposo a la bodas del cielo”.*

4.2. *María, conocedora de las Santas Escrituras*

Es importante esta afirmación de La Santa Juana: La Virgen María conocía las Sagradas Escrituras y que el Mesías había de sufrir por los pecados de su pueblo. En su contemplación del Niño, a María se le muestran los padecimientos que ha de sufrir en la pasión.

Llora la Virgen por los tormentos que su Hijo ha de sufrir en la pasión. Y ve llorar al Niño *“por el pecado del primer hombre y de la primera mujer, el cual pecado le hacía venir a padecer tan grandes tribulaciones y tormentos”*.

María, aunque conoce las Escrituras y le es revelada en la contemplación la pasión que su hijo ha de sufrir, *“aún no estaba certificada del Padre de las lumbres ni sabía su amado Hijo había de morir o si no. Porque, aunque sabía lo profetizada por la Santa Escritura, no por tan menudo como a ella le fue mostrado y dicho; por lo cual, algunas veces tenía esperanza y otras tenía angustia”*.

4.3. *Debate de los dos Testamentos*

En la contemplación, los ángeles dan a María las razones por las cuales vino así el Salvador hecho niño, tan pobre y humilde y despreciado, casi como mudo y necesitado,

“esperándole como le esperaban en Mesías hecho rey muy grande y poderoso, trayendo la corona y el cetro real en sus manos, y que se ha de sentar sobre la silla de David su padre y ha de reinar en Israel y ha de señorear sobre el mundo de mar a mar y ha de dar la tierra de promisión a los judíos (Sermón Navidad, 16); concluyen: “Y mira, Señora, que las Escrituras y Profecías que los judíos tienen, todas se cumplen ahora, y no las saben ellos entender ni conocer (...) todas las Escrituras y Profecías se cumplen ahora, y se cumplirán cada día (...) y los judíos se quedaran ciegos, que no lo entienden ni lo entenderán, salvo los que se convirtieren e vieren a este Sagrado Niño, que es verdadero rey de Israel”. (Sermón Navidad, 17).

Más adelante, en el mismo sermón, Juana nos ofrece un debate entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Reclaman los Patriarcas y Profetas:

“dadnos al Mesías que es nuestro, y nosotros lo demandamos, y a nosotros fue prometido y figurado”. Responden los de Nuevo Testamento: *“Nuestro*

es, por cuanto nos le tuvimos y en nuestro tiempo vino, y Él fue nuestro maestro y nosotros sus discípulos y apóstoles”. Esta figura fue hecha, en la fiesta del Cielo, “para dar a entender cuan grande es el amor que tiene al linaje humano, en especial con el pueblo cristiano que hoy le ensalza”.

En el sermón de la Circuncisión, Juana hace un comentario de Juan 10, 24ss presentando la polémica de Jesús con los judíos (Circuncisión, 8). Y concluye:

“En cual seso cabía pensar que Él había de venir a salvar a solos los judíos y no a otros ningunos, siendo todos hijos y habiéndolos él creado a todos. Que los judíos siempre entendían todas las cosas al revés, por lo cual erraban (...) Y los judíos nunca supieron entender ni declarar la Santísima Trinidad (...) Y tan endurecidos estuvieron, y están hoy algunos de los mismos judíos, que dicen y afirman nunca ser cumplidas aquellas promesas. Y siempre esperan que ha de venir el Mesías, y creen que no es venido, y dicen que ha de venir y poseer y tomar el cetro real y la corona” (Circuncisión, 9).

Continúa Juana luego su argumentación frente a los judíos que dicen que Dios mandó la circuncisión, en estos términos:

“El mismo Dios y Señor y Criador que mandó y ordenó la circuncisión, ese mismo tornó a mandar y ordenar que no se hiciese; así como mandó a Abrahán que sacrificase a su hijo Isaac y después tornó a mandar y ordenar que no lo sacrificase. Y también mandó que no comiesen carne de puerco y después les tornó a mandar que comiesen todas las cosas (...) y si les había mandado que no lo comiesen, que lo hacía para probar su obediencia (...) y que, así mismo, mandó y ordenó y es su santa voluntad que toda persona que hubiere de salvar, sea bautizada y crea verdaderamente a la fe de la Trinidad”. (Circuncisión, 10).

Más adelante, Juana pone en labios de Jesucristo, debatiendo con los judíos, lo siguiente:

“Yo me hice nuevo hombre y yo os di nueva Ley y nuevo remedio sobre la tierra; e hice todos miraglos y maravillas en mi juventud y no lo quisisteis creer ni gozar ni recibir el remedio muy liviano y saludable, que yo os di y enseñé y dejé, del Santo Bautismo (...) siempre desee que os vinierais vosotros, mi pueblo, para mí, y nunca quisisteis creerme ni conocerme (...) y si decís que yo mandé hacer circuncisión, también

mandé el bautismo (...) Juana pone el ejemplo de Abrahán a quien Dios pidió el sacrificio de Isaac, su hijo, pero luego le entregó y pidió que sacrificara el cordero. Y pone en labios de Jesucristo: “me obedeció luego de buena voluntad e hizo mi mandamiento, aunque estaba ya aparejado para cumplir el otro más grave. Y vosotros nunca me quisisteis obedecer en el mandamiento del santo bautismo, teniéndolo vosotros escrito y profetizado (...) y derramasteis me toda mi sangre de mi cuerpo; y aún de mi costado no solamente salió sangre, más agua muy preciosa con que os pudieredes lavar (...) Y, pues cuando tuvisteis tiempo no quisisteis alcanzar ni tomar la misericordia y remedio del bautismo, diciéndoos yo y los míos la verdad, cómo era más provechoso que la circuncisión, ahora ya no es tiempo de esperanza y misericordia. Por eso, partid vos de mí (...) por cuanto yo dije en el evangelio ‘quien creyere y fuere bautizado será salvo, y quien no creyere será condenado’.

4.4. *Por el Bautismo, las mujeres son como los hombres*

La circuncisión era sólo para los varones, signo de su pertenencia al pueblo de Dios, pero no para las mujeres. La “nueva ley” de Jesucristo acaba con la “ley vieja” de la circuncisión. En el sermón de la Circuncisión, los apóstoles preguntan al Redentor si han de anunciar también a las gentes la circuncisión juntamente con el bautismo. El Señor responde que sólo el bautismo, y también a las mujeres “*que no fuesen ajenas de todas las bendiciones, más que las gocen también como los hombres y sean iguales en gracias y limpias de pecado*”. (Circuncisión, 9).

Y más adelante, dice el Señor: “*A todas las mujeres dio el Señor las bendiciones e igualdad de los varones en el santo bautismo; las cuales bendiciones no les daban, en tiempo que se hacía la circuncisión, sino a los hombres solos*”. (Circuncisión, 11).

En la fiesta del cielo, Juana presenta a Jesucristo en una hermosa pradera rodeado de niños y niñas que juegan felices. En un momento dado, el Señor pregunta a las niñas:

“Pareceos, niñas, que os fui yo buen Dios y buen Señor, que os hice tan gran bien y merced que os igualé con los varones y os hice particioneras de todas las bendiciones que a ellos dan; y os hice tan grande honra que quise nacer y tomas carne de sola mujer (...) Y en esto podéis conocer cuanto amor tengo a las mujeres”. (Circuncisión, 16).

No obstante, en el sermón de la Huída a Egipto, Juana de la Cruz vuelve sobre el tema. El Señor hace una fiesta en honor de los Santos Inocentes.

“Venían también algunas niñas, aunque pocas, las cuales también estaban vestidas de vestiduras de varones, por cuanto las mataron pensando que eran varones. Y decían al Redentor: - Señor, torna por nosotras, que nos mataron por amor de ti pensando que éramos niños; que con la rabia que llevaban por acertar a ti para matarte, no curaron de mirar si éramos hombres o mujeres, y no hacían otra cosa sino arrebatarnos de los brazos de nuestras madres y matarnos y despedazarnos con muy grande crueldad. Y el Señor las hablaba muy benigna y amorosamente, diciendo: - Gozaos y alegraos conmigo, mis hermanas, que si vosotras morísteis por mí, también morí yo por vosotras, y mucho os amo y os quiero”. Y concluye el Señor, en el sermón de Juana, con esta afirmación que algunos de sus lectores, pasados algunos años, no entenderán y borrarán y tacharán: *“Y también soy niña como vosotras, pues soy hijo de mujer”.* (Huida a Egipto, 24-25).

Esta afirmación que Juana de la Cruz pone en labios de Jesucristo, no podía menos de provocar polémica en los lectores del Conhorte. Fray Francisco Ortiz “el célebre retirado de Torrelaguna” examinó el Conhorte en vida de Juana, hacia el año de 1523-24, en el contexto de la revisión interna que hace la orden franciscana en los años que precedieron al decreto contra los alumbrados de Toledo, escribiendo en los márgenes una veintena de anotaciones, en letra gótica, similar a la del propio texto de los sermones, aunque de menor tamaño. Es el venerable fray Francisco de Torres, quien hace numerosas anotaciones en los años 1567-68, el que nos dice que aquellas anotaciones corresponden al P. Ortíz.

Recuerda el P. Ortíz las palabras de san Pablo en Gálatas 3, 26-28: “Ya no hay distinción entre hombre y mujer (...) todos sois uno en Cristo Jesús”. El Venerable Francisco de Torres, defenderá la afirmación de Juana, ciertamente atrevida, diciendo: “Que el Señor diga ‘también soy yo niña como vosotras, pues soy hijo de mujer’ no quiso decir a la letra que fuese niña. Y por eso no dijo ‘soy hija’, sino hijo de mujer, dando a entender como realmente es hijo y varón, más por amor de caridad también es una cosa con las niñas como con los niños, así como Él lo pidió al Padre ser una cosa con todos (cfr Jn 17,20ss). Y ayuda bien a defensa de esto lo que el mismo Señor en el Evangelio dice: ‘Quien hiciera la voluntad de mi Padre, es mi hermana y mi madre’ (...) Y especialmente, que el apóstol también dice que en su acatamiento no hay macho ni hembra, pues Él no es aceptador de sexos ni de personas, sino igualmente

a todos los que le sirven y aman. Que todas sus criaturas, varones y mujeres, le sirvamos y todos en Él seamos una cosa”.

Esta igualdad de hombre y mujer *imagen y semejanza de Dios* por creación, perdida por el pecado, ha sido recuperada por Jesucristo el Redentor, que ha hecho a hombres y mujeres *particioneros en igualdad* de su salvación. No obstante, la experiencia de Juana es que tiene muchos problemas por ser mujer y que su predicación, aunque tiene permiso de sus superiores, sufre por parte de muchos fuerte oposición. Muy ilustrativo, al efecto, es este otro texto de los sermones:

“Que no se le daba más que fuesen hombres que mujeres los que escribiesen sus sagradas palabras, porque también Él quiso ser atestiguado de mujeres como de hombres, en la Resurrección. Pues fue atestiguado de María Magdalena, e mostrado a ella antes que a otra alguna persona –salvo a su gloriosa madre-. E de santa Isabel quiso ser atestiguada su santa Encarnación. E de otras bienaventuradas mujeres quiso ser loado e manifestado por Dios e por Señor” (Sermón 8,3).

V. CONCLUSIONES FINALES

1. Juana de la Cruz forma parte de esa corriente de renovación franciscana de finales del siglo XV y principios del XVI, sobre todo en España, que está en la base de los grandes místicos de nuestro siglo de oro. En ella se transpira un infinito amor e inmensa ternura hacia Jesucristo, a quien se quiere imitar a través de una contemplación, no solo intelectual sino profundamente afectiva, de su humanidad y pasión.

2. Hemos de subrayar el franciscanismo de Juana de la Cruz en su predicación sobre el Misterio de la Navidad: En la Encarnación se cumplen todas las profecías. Cuando Juana de la Cruz pone en labios de Jesucristo “sólo amor y caridad me llevarán”, refiriéndose a su Encarnación, se nos muestra como una firme y clara testigo de la teología y espiritualidad franciscana. Sin embargo, fue necesaria la Pasión para la redención del hombre, aún cuando “sólo una gotita de sangre bastara (...) siendo Dios verdadero e niño tan tierno”, comentará en el sermón de la Circuncisión. Tanto la Encarnación como la Pasión tienen valor redentor: “Todos somos salvados por la santa Humanidad y la sagrada Pasión”.

3. María mujer contemplativa, concedora de las Escrituras, es el modelo para vivir el misterio de la Navidad.

4. En los sermones de Juana se hace presente el debate de la sociedad española con los judíos, expulsados de España en los años de la infancia de Juana. También, por entonces, se ha llevado a término la Reconquista de Granada, afirmándose la unidad católica de la península. Juana afirmará: *“Todas las casas de oración, así como fue la Sinagoga de los judíos e son las Mezquitas de los moros, han de perecer; e no son verdaderas ni durables, ni se sirve a Dios en ellas por cuanto no tienen la fe de la Trinidad”* (C 67, 6).

Sin embargo, no hay rechazo ni condena, sino esperanza de que un día los judíos reconocerán a Jesús como Mesías. Hablando de las *profecías y señales que anunciaban el fin del mundo*, Juana de la Cruz presenta al Anticristo que arrastrará a muchos. Después de haber experimentado su crueldad, las gentes y aún los mismos judíos reconocerán a Jesucristo Y proclamaran: *“Ahora vemos e conocemos que El es el verdadero Dios e Mesías prometido en la Ley y en los Profetas; e ahora confesamos e decimos que El es verdadero e poderoso Salvador que esperábamos que nos viniese a salvar e redimir”* (Conhorte 66, 11).

5. Los Sermones de La Santa Juana son un testimonio de la presencia de la mujer en la Iglesia, ejerciendo una función reservada normalmente a los varones. Hay en ellos una reivindicación de la mujer, fundada en el bautismo: *“A todas las mujeres dio el Señor las bendiciones e igualdad de los varones en el santo bautismo; las cuales bendiciones no les daban, en tiempo que se hacía la circuncisión, sino a los hombres solos”*.

6. No podemos olvidar el carácter festivo de los sermones de La Santa Juana. En todos ellos, hay una segunda parte que es “la fiesta que se hace en el cielo”. Cristo es siempre el centro de esta fiesta, en la que no falta el banquete y los juegos².

² GARCÍA DE ANDRÉS, I., *Fiesta del cielo, juegos y danzas en la predicación de Juana de la Cruz*, en Jornadas de Estudio, mayo de 1999. pp. 89-109.

